



La Primera Guerra Mundial

La Gran Guerra

José Emilio Castelló

ANAYA

**BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA**



1 LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Durante cuatro años —entre 1914 y 1918—, una gran parte de las naciones europeas y algunas de otros continentes se enfrentaron en una guerra total, como no se había conocido desde las guerras napoleónicas de comienzos del siglo XIX. Durante esta centuria, los conflictos europeos habían sido localizados y de alcance limitado en cuanto a número de participantes y a intensidad de la contienda, y casi nadie en Europa tenía conciencia de lo que iba a suponer el nuevo enfrentamiento continental: la Gran Guerra.

El archiduque Francisco Fernando y su familia.

1. Europa antes de la guerra

El Viejo Continente vivió en los años inmediatos a 1914 grandes tensiones que enfrentaron a las potencias europeas en una dinámica de alianzas y conflictos, que acabaron desembocando en una guerra inevitable.

Las potencias europeas

A comienzos del siglo XX, las llamadas «grandes potencias» europeas eran las mismas desde hacía dos siglos, pero la posición de cada una de ellas había cambiado radicalmente.

Gran Bretaña —conocida también como el Reino Unido o simplemente Inglaterra— seguía siendo la primera potencia del mundo, poseedora del mayor imperio nunca visto y, sin embargo, era más vulnerable que nunca. Su Marina, la mayor del mundo, debía garantizar el control de los mares para asegurar el dominio sobre el Imperio, para mantener su actividad económica y para alimentar a su numerosa población.

Austria-Hungría era antes de la Primera Guerra Mundial un estado plurinacional en el que convivían nacionalidades muy diversas, lo que implicaba graves problemas con los movimientos nacionalistas que aspiraban a la independencia.

El imperio austro-húngaro: nacionalidades en 1910

Nacionalidad	Habitantes	%
Alemanes	12 000 000	23,9
Húngaros	10 100 000	20,2
Checos	6 550 000	12,6
Polacos	5 000 000	10,0
Rutenos	4 000 000	7,9
Rumelios	3 200 000	6,4
Croatas	2 625 000	5,3
Eslovacos	1 950 000	3,8
Serbios	1 925 000	3,8
Eslovenos	1 300 000	2,6
Italianos	1 000 000	2,0

Francia, después de la derrota de 1870 frente al imperio alemán, se había convertido en una potencia de segundo orden y estaba resentida con Alemania por la pérdida de las provincias de Alsacia y Lorena.

En el centro y este de Europa había dos grandes imperios históricos que ahora pasaban por horas bajas. El enorme imperio ruso tenía un gran potencial, pero se hallaba sumido en un gran atraso y padecía las consecuencias de la incapacidad de sus gobiernos. Su economía seguía siendo básicamente agraria, y la mayor parte de la población estaba formada por campesinos ignorantes y miserables; además, Rusia continuaba dominada por una monarquía absoluta. En las décadas anteriores a 1914 se había producido un fuerte desarrollo industrial que había creado una incipiente clase obrera. En política exterior, Rusia se había volcado en los Balcanes para apoyar a los nuevos países de la región (Grecia, Serbia y Bulgaria) y a los eslavos sometidos a Austria-Hungría y a Turquía.

Austria-Hungría vivía con el peligro latente del aumento vertiginoso del nacionalismo entre sus minorías nacionales, especialmente entre los eslavos (serbios, croatas, checos, eslovacos, etc.), pero también entre otras minorías, como rumanos o italianos.

A comienzos del siglo XX, la potencia continental más poderosa era Alemania, surgida del reino de Prusia tras sus victorias en las guerras contra Austria (en 1866) y contra Francia (en 1870). La unificación alemana fue acompañada de un espectacular desarrollo económico que la aproximaba rápidamente a la indiscutible potencia mundial del siglo XIX: el Reino Unido.

Pero Alemania estaba dominada por el poder de la monarquía de los Hohenzollern, de una fuerte burocracia y de un ejército muy influyente. Estaba lejos de los parámetros propios de un régimen parlamentario y conservaba muchas características propias de un régimen autoritario.

En los años anteriores a la guerra, Alemania era una nación poderosa y ambiciosa que aspiraba a convertirse en una potencia mundial, para lo cual, más pronto o más tarde, tendría que enfrentarse a Gran Bretaña, un proyecto que requería un gran ejército y una gran flota.

El ejército alemán en 1914

El ejército del imperio alemán pasaba en 1914 por ser el mejor del mundo. Lo que no se suele saber es que no existía un ejército, y que no lo hubo hasta después del armisticio de 1918. Hasta ese momento, Alemania tenía cuatro ejércitos: los de los reinos de Prusia, Baviera, Sajonia y Württemberg. Con gran diferencia, el mayor era el prusiano.

El ejército gozaba de un gran prestigio social gracias a que el káiser (emperador) era su comandante en jefe. Los militares gozaban de una gran autonomía, y su Estado Mayor tenía prerrogativas más allá de lo estrictamente militar. Había propiciado la construcción de seis grandes vías de ferrocarril que atravesaban Alemania de este a oeste y permitían trasladar rápidamente sus tropas de un frente a otro, de Rusia a Francia o viceversa.

Antes del comienzo de la guerra, los ejércitos alemanes tenían en filas unos 870 000 hombres, y en agosto de 1914 pudieron des-

plegar 1 750 000 soldados. En la retaguardia disponían de 1 800 000 efectivos, aparte de otros 4 250 000 hombres en edad militar sin adiestrar.



El emperador Guillermo II pasa revista a las tropas en el frente oriental.

Los enfrentamientos y las alianzas

El estallido de la Gran Guerra vino determinado en gran medida por tres graves problemas en las relaciones internacionales: el enfrentamiento entre Francia y Alemania, las diferencias entre esta y Gran Bretaña por el dominio de los mares, y la situación en los Balcanes.

La enemistad franco-alemana derivaba de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870 y de la pérdida de Alsacia y Lorena, que crearon en la sociedad gala un espíritu colectivo de revancha. Como consecuencia de esta enemistad, los sistemas de alianzas entre las potencias europeas giraban alrededor de estos dos polos antagónicos: Francia y Alemania.

Las diferencias entre Gran Bretaña y Alemania eran más sutiles. El dominio económico y colonial británico se veía amenazado desde finales del siglo XIX por las ambiciones germanas de convertirse en una potencia mundial. El control inglés sobre su Imperio se basaba en su flota de guerra, pero la nueva vocación universal de Alemania se plasmó desde 1906 en una política de construcciones de una flota de guerra que con el tiempo podía poner en discusión el control británico sobre los mares. Esta política lanzó a Gran Bretaña en brazos de la principal enemiga de Alemania: Francia.

El tercer foco de tensiones entre las potencias europeas, y el que en última instancia encendió el polvorín de la Primera Guerra Mundial, fue el enfrentamiento por el dominio en los Balcanes, donde confluían intereses enfrentados: los de Austria-Hungría, por ampliar sus fronteras; los de Rusia, por defender a los eslavos sometidos a austriacos y a turcos y, al mismo tiempo, controlar el paso de los estrechos, lo que permitiría a su flota la navegación libre del mar Negro al Mediterráneo; por último, los enfrentamientos entre los pequeños Estados desgajados del antiguo imperio turco, a la cabeza de los cuales estaba Serbia.

En 1908 Austria-Hungría se incorporó inesperadamente la región balcánica de Bosnia-Herzegovina que,

2. La guerra inevitable

La sociedad europea se precipitó paulatinamente hacia una guerra que acabó siendo imparabla. Los Gobiernos, los militares, la prensa y los pueblos se sumergieron en un ambiente belicista que ignoraba la tragedia que se avecinaba y que facilitó el estallido de la guerra.

El auge de los nacionalismos

Los años anteriores al inicio de la contienda fueron testigos de un aumento desmesurado de las tensiones nacionalistas en Europa. Estas afectaron tanto a las pequeñas nacionalidades sometidas, muy numerosas en Europa central y oriental, como a los grandes Estados. Las nacionalidades sometidas reivindicaban su cultura, su autonomía o su independencia, y eran numerosas en el imperio austro-húngaro (checos, eslovacos, croatas, eslovenos, polacos, rumanos, rutenos, italianos, etc.), en Rusia (países bálticos, finlandeses, polacos, ucranianos, pueblos del Cáucaso, etc.), y en Turquía (eslavos). El nacionalismo en los grandes Estados se evidenciaba en la exaltación de lo propio frente a lo ajeno, en resaltar las diferencias y los enfrentamientos.

Dibujo satírico publicado en un periódico alemán en 1914. El texto traducido dice así: «La era europea. Ahora los vamos a trillar».



Tal era la actitud alemana frente a Francia o Rusia; la de Rusia contra Austria-Hungría y Alemania; la de Francia o Gran Bretaña contra Alemania, etc. Ambos tipos de nacionalismos crearon una tensión en el continente que facilitó el camino hacia la guerra.

Los Gobiernos actuaron partiendo de la idea del carácter inevitable de la confrontación, lo que conllevó que las hostilidades predominaran sobre las acciones en pro de la paz. Esta misma actitud impulsaba a los militares a ejercer una gran presión sobre la clase política y sobre la población: ante una posible guerra, los mandos de los ejércitos exigían más y mejores armamentos y el mayor número posible de soldados.

Los pueblos europeos, sometidos a la presión nacionalista y a la propaganda de los Gobiernos, los militares y la prensa, acabaron aceptando la guerra como un hecho inevitable. El largo período de paz que había disfrutado el continente desde la guerra franco-prusiana de 1870 había hecho olvidar a todos las consecuencias de un conflicto de la magnitud del que se avecinaba.

No obstante, los años anteriores a 1914 hubo partidos políticos contrarios al creciente ambiente belicista, en especial los partidos socialistas, quienes veían los enfrentamientos y las tensiones que estaban llevando a la guerra como una consecuencia de las luchas económicas entre las potencias capitalistas por dominar el mundo. Sin embargo, al estallar la conflagración se produjo un movimiento unánime en todos los países contendientes, incluyendo a los partidos y los sindicatos socialistas, a favor de la guerra. Se denominó la «unión sagrada», y tuvieron que pasar dos años después de iniciada la lucha para que surgieran las primeras manifestaciones de envergadura de oposición a la misma.

La carrera armamentística

En los primeros años del siglo XX, las potencias europeas estaban inmersas en un proceso competitivo para aumentar y modernizar sus respectivas Fuerzas Armadas, proceso que ha sido denominado tradicionalmente como la «carrera armamentística».



Cartel de reclutamiento británico. Año 1914.



Producción de fusiles en una fábrica de armas (1916-17).

Las armas de fuego habían multiplicado su acción destructiva, los nuevos fusiles aumentaron el alcance y la precisión hasta el punto de poder abatir con exactitud al enemigo a unos 500 metros de distancia, las ametralladoras habían demostrado su mortal eficacia y los cañones habían incrementado la distancia de tiro, la exactitud de alcanzar el objetivo y la velocidad de disparo. La artillería pesada podía ser transportada a larga distancia por medio del ferrocarril y alcanzar objetivos situados a 40 kilómetros.

Todos los ejércitos empleaban ya el avión y el automóvil, si bien en 1914 el primero solo se utilizó para el reconocimiento, y el segundo para el traslado de altos oficiales. En cambio, habían adquirido una gran importancia el ferrocarril y el telégrafo. El tren permitía el rápido traslado de un gran número de soldados y de armamento a cualquier distancia, sobre todo en los países, como los de Europa occidental, que disponían de una densa red ferroviaria. No obstante, más allá de las estaciones de ferrocarril los ejércitos debían moverse a pie o transportando el armamento, las municiones o las vituallas con carros y caballos. El avión permitía que los mandos conociesen la situación de la batalla sin estar presentes.

En resumen, en los años anteriores al estallido de la guerra, todos los países participantes habían aumentado sus Fuerzas Armadas, tanto en soldados como en armamento, los presupuestos militares crecieron y ninguno quería quedarse atrás. Casi nadie se opuso a esta carrera alocada hacia el desastre, más aún cuando los Estados Mayores de los ejércitos aseguraban que la victoria sería cuestión de pocas semanas.

La movilización

Entre los últimos días de julio y los primeros de agosto de 1914, todas las potencias pusieron en práctica sus planes de movilización, que suponían mover millones de hombres e ingentes cantidades de armamento y suministro en el menor tiempo posible. La primera potencia en movilizarse fue Austria-Hungría (el 28 de julio), y se convirtió en un caos ferroviario. El 30 de julio, temiendo quedarse atrás, el zar Nicolás II decretó la movilización general, con el fin de conseguir alinear todos sus ejércitos en 18 días. Temerosos de que los rusos pudieran atacar pronto, los alemanes empezaron el 1 de agosto a poner en práctica su meticuloso plan de movilización, diseñado para tener 3 500 000 hombres en los frentes en una se-

mana. Los reclutas eran armados y uniformados y partían en trenes con horarios precisos a los puntos de concentración próximos al frente. A la acción alemana contestó Francia con la suya que, con menos eficacia que los alemanes, movilizó tres millones de soldados. Gran Bretaña solo disponía de un pequeño ejército de 150 000 hombres, si bien en cuestión de semanas logró enrolar 500 000 voluntarios. En todos los países, las tropas partían en medio de las aclamaciones de multitudes enfervorizadas que confiaban en que sus muchachos estarían de vuelta en casa por Navidad.

Oficina de reclutamiento británica. Agosto de 1914.

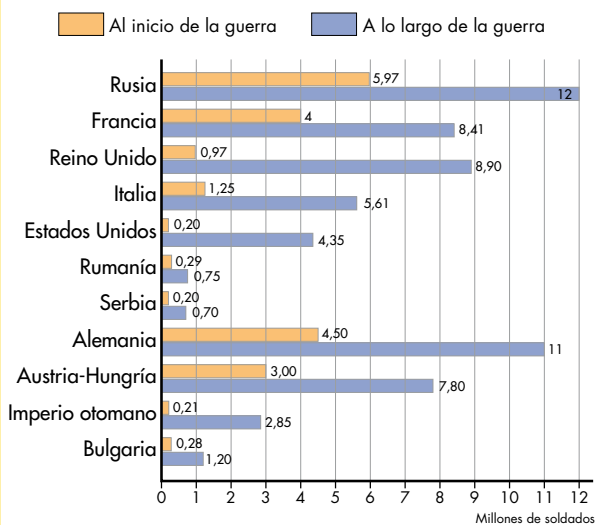


Las fuerzas en presencia

En principio, la comparación de las cifras totales de las dos alianzas que se iban a enfrentar parecía beneficiar a la Entente (Francia, Gran Bretaña y Rusia) frente a los imperios centrales (Alemania y Austria-Hungría). La primera contaba con el doble de habitantes (238 millones frente a 120), pero los imperios centrales tenían a su favor el formar un bloque territorial compacto, frente a la división en tres partes separadas físicamente de sus enemigos. Además, al comienzo de las hostilidades el equilibrio de fuerzas era grande, ya que si bien los ejércitos alemán, austriaco y francés estaban preparados para intervenir inmediatamente, Rusia solo podía realizar una movilización lenta a causa de la insuficiencia de sus vías de comunicación y del atraso de su burocracia y de la sociedad; por su parte, Gran Bretaña poseía tan solo un pequeño ejército y tardaría en poder reunir unas fuerzas considerables.

Rusia, con ayuda francesa, comenzó en 1908 un programa de reforma del ejército, al tiempo que ampliaba su red ferroviaria. Esto alarmó considerablemente a Alemania, que inició a su vez en 1912 una expansión

Efectivos militares durante la Primera Guerra Mundial



Al comenzar la guerra, los efectivos militares de la Entente eran muy superiores a los de la Triple Alianza, si bien esta contaba con la ventaja de formar un bloque geográfico compacto.

de su fuerza militar, elevando el número de soldados a 864 000. Ante este hecho, los franceses respondieron con la prolongación de su servicio militar a tres años, lo que les permitió alcanzar los 700 000 soldados en tiempos de paz. De forma paralela, los Parlamentos aprobaron sin demora los aumentos de gastos militares, convencidos de la inminencia de la guerra.

En cambio, el dominio de los mares estaba en manos de la Entente, gracias a la superioridad de la flota británica. Esto permitió aislar por mar a Alemania, por medio de un bloqueo económico contra el que esta reaccionó mediante la guerra submarina, aunque tardó más de dos años en contar con un número suficiente de buques sumergibles como para obtener resultados apreciables.

Todos los contendientes esperaban una guerra de corta duración, por lo que la extensión en el tiempo del conflicto les obligó a plantearse el mantenimiento tanto de la industria bélica como de los ejércitos y de la población civil, en condiciones cada vez más difíciles. En este último aspecto, de nuevo la Entente jugaba con ventaja: el dominio de los mares, que le permitió continuar la relación comercial con sus imperios coloniales, con los países neutrales y, sobre todo, con Estados Unidos, para abastecerse de armas, alimentos y materias primas.

El Reino Unido, poseedor de un vasto imperio colonial, puso en pie de guerra a sus dominios. En la imagen, nativos de la India al servicio del ejército británico.



3. El estallido de la guerra

Un hecho concreto, el atentado en Sarajevo contra el heredero del imperio austro-húngaro, ha sido considerado como el causante inmediato de la guerra. Pero fueron otras y más importantes las causas que llevaron al inicio de la Gran Guerra, sobre todo la urgencia de los militares por tomar la delantera ante el enemigo.

El atentado de Sarajevo

Sarajevo era la capital de Bosnia-Herzegovina, región de los Balcanes poblada por bosnios musulmanes, croatas y serbios. En 1908 fue anexionada por Austria-Hungría, lo que provocó la indignación de Rusia, y más aún la de los eslavos de la región, en especial del reino de Serbia que, de alguna manera, se consideraba el tutor de la región.

El 28 de junio de 1914 el archiduque heredero del imperio austro-húngaro, Francisco Fernando, y su esposa iniciaron una visita oficial a la ciudad, a pesar de que había sido desaconsejada por la firme oposición a la misma de los serbios de Bosnia. Ambos mandatarios austriacos murieron víctimas de un atentado cometido por Gavrilo Princip, un joven serbio de 17 años miembro de una asociación terrorista llamada la «Mano Negra».

Aunque sin pruebas, los austriacos estaban convencidos de la participación del reino de Serbia en la preparación y ejecución del atentado, y la prensa de Austria-Hungría se lanzó a una violenta campaña exigiendo la aplicación de medidas enérgicas contra Serbia.

Austria-Hungría creyó que las represalias contra Serbia, acusada de connivencia en el asesinato, no encontrarían mucha oposición en Europa, salvo quizás en Rusia. Los austro-húngaros sabían que contaban con el seguro apoyo de Alemania, su gran aliado, y que este hecho haría que los rusos se limitaran a protestar por las acciones contra Serbia. Alemania pensaba que Rusia, a la que suponía aún atrasada en su rearme, no provocaría una guerra por Serbia, pero en caso de que



lo hiciera, en Berlín se pensó que Rusia no contaría con el apoyo de sus aliados, Francia y Gran Bretaña, que carecían de intereses en los Balcanes.

Por otro lado, llegado el caso, los alemanes preferían ir a la guerra mientras su ejército fuera el más poderoso, en vez de esperar a que el potencial en aumento de sus enemigos se inclinase a favor de estos. Además, se sentían obligados a apoyar a Austria que, a fin de cuentas, era su único aliado, dada la poca fiabilidad de los italianos.

En cuanto a los rusos, sentían que no podían abandonar a Serbia, ya que supondría traicionar la causa eslava y perder la influencia que había ganado en los Balcanes en los últimos años. Para los franceses, dejar sola a Rusia frente a Alemania y Austria-Hungría sería aceptar sin lucha la hegemonía germana en Europa y quedar relegada a potencia de segundo orden.

El atentado de Sarajevo contra el archiduque Francisco Fernando y su esposa, la condesa Sofía, precipitó los acontecimientos que desencadenarían la Primera Guerra Mundial.

Pero ¿qué harían los británicos? Alemania creía que, si se declaraba la guerra, optarían por la neutralidad. A fin de cuentas, sus intereses estaban más bien en el comercio mundial y en sus colonias, no en el avispero de los Balcanes; además, Gran Bretaña tenía un ejército pequeño, que en caso de guerra habría que trasladar al continente.

Aunque Inglaterra veía como una amenaza el creciente poderío naval germano, en 1914 la superioridad de la Royal Navy sobre la Armada alemana era apabullante, como se demostró durante la contienda.

*La Marina británica
continuó dominando
los mares y aisló a
los imperios centrales
del exterior por vía
marítima.*

En general, la posición de la clase política inglesa era mayoritaria a favor de la neutralidad, pero el plan de guerra alemán incluía una cláusula —la invasión de la neutral Bélgica— que precipitó la entrada del Reino Unido en el conflicto, junto a Francia y Rusia.



Julio de 1914: un mes calamitoso

El atentado de Sarajevo del 28 de junio difícilmente puede considerarse la causa de la guerra, ya que las declaraciones de guerra no se produjeron hasta los primeros días de agosto. Durante más de un mes todas las potencias dudaron sobre los pasos a seguir, que no necesariamente conducían al enfrentamiento armado.

De hecho, los austriacos tardaron semanas en exigir responsabilidades al reino de Serbia por el atentado. Fue la presión alemana la que los forzó a amenazar a Serbia. Los alemanes veían que era el momento de una guerra que ahora podían ganar con facilidad, lo que poco después sería imposible. El emperador alemán Guillermo II lo dejó claro: «Ahora o nunca». Había que provocar la guerra, y el asesinato del heredero austriaco era el pretexto perfecto.



El submarino fue empleado sobre todo por los alemanes, contra las líneas de abastecimiento de Gran Bretaña.

Los alemanes forzaron a los austro-húngaros a remitir el 23 de julio un ultimátum a Serbia con una serie de exigencias que en la práctica implicaban la renuncia a su independencia. A pesar de que Serbia aceptó el día 25 la mayor parte de las cláusulas del ultimátum, Austria-Hungría le declaró la guerra el 28 de julio.

A partir de este momento se precipitaron las acciones de las dos alianzas contrapuestas. Los cálculos y las prisas de los militares se impusieron en las tomas de decisiones en todos los países. Rusia se vio obligada a apoyar a Serbia, y el día 29 decretó la movilización parcial de sus ejércitos frente a Austria-Hungría. Esta respondió con la movilización general, mientras Alemania exigió a Rusia que anulara sus medidas militares. Rusia, sintiéndose amenazada, decretó el día 30 la movilización general. El 31 de julio los alemanes dirigieron un ultimátum a Rusia exigiéndole la desmovilización, pero el mismo día Alemania y Francia procedieron a movilizar sus ejércitos. El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia, y al día siguiente exigió a Bélgica —país cuya neutralidad estaba garantizada por las grandes potencias desde 1831— el paso de sus ejércitos hacia Francia.

El 2 de agosto de 1914, una gran multitud se congregó en Munich para celebrar la declaración de la guerra de Alemania a Rusia. Entre la muchedumbre, se puede distinguir a Hitler.



El 3 de agosto Alemania declaró la guerra a Francia. A la vista de la violación de la neutralidad belga, Gran Bretaña decidió el 4 agosto entrar en la contienda junto a Francia y Rusia. Un diabólico juego de amenazas y alianzas acabó en el estallido de la Primera Guerra Mundial, pero la responsabilidad inmediata de su inicio hay que atribuirla a Alemania y a Austria-Hungría.



Caricatura de la voracidad de los países europeos, que derivó en la Gran Guerra.

La previsión de una guerra corta y triunfal

El inicio de la guerra fue acogido con entusiasmo en las grandes ciudades de los países contendientes por enormes multitudes. Uno de los congregados en Munich fue Adolf Hitler, el futuro dictador alemán. Los Gobiernos de todos los países consiguieron el respaldo de la población en medio de un patriotismo general.

Además, siempre se había dicho que la guerra sería corta: «Para Navidad, en casa». La manera de vencer en una guerra rápida era atacar el primero, por eso todos se lanzaron contra todos: los alemanes invadieron Bélgica y Francia; los rusos atacaron Alemania; los ejércitos austriacos invadieron Serbia y Rusia; los franceses atacaron a los alemanes en Alsacia y Lorena; los británicos enviaron una fuerza expedicionaria en ayuda de Francia.

La realidad fue todo lo contrario a una guerra breve. Los pueblos y los ejércitos tuvieron que enfrentarse a una guerra larga, cruel y descomunal.